

VIDA, LIBERTAD Y MUERTE EN ANTONIO MACHADO

(Antihomenaje en cinco movimientos)

INTRODUCCION Y MODERATO MAGICO

22 de febrero de 1939

Cuando recibí la invitación de *Cuadernos Hispanoamericanos* para integrarme a este homenaje con el que mis amigos españoles reiteran, otra vez, su desapego por el parricidio y su capacidad de agradecimiento, pensé qué razón convincente podía esgrimir en dosis más o menos eficaces como para prescindir de mi presencia y de lo subjetivísimo de mi testimonio. Desoír dicha apelación, recordar la buena aspereza de mi oído, ocultarme detrás de mi propia inseguridad, fue el primer reflejo que me asaltó, mientras una firma, José Antonio Maravall, suscribía una cálida carta de proximidad y expectativa. Ese día —no hace una semana desde entonces— vestía yo mi saco de cuero y corbata, atuendo este último indispensable para poder ingresar al concierto de Iehudi Menuhim en nuestro Teatro Colón. Mientras este violinista recorría prolijamente las corcheas que Beethoven decidió —también un día— legarnos a los hombres, no dejaba de pensar en don Antonio y en su obra gigantesca, en ese caso una obra inundada de melodías entrecruzadas y de corcheas sustanciales, una obra donde la música tenía —como él mismo lo expresara alguna vez— numen filosófico, identidad reflexiva, como la poesía. Canto y cuento es la poesía, se canta una viva historia contando su melodía. Esa melodía es la que penetraba desde las cuerdas mismas del violín de Menuhim, como un agua rumorosa que marcara a la vez el paso del tiempo y el umbral de la eternidad. Su fuente, don Antonio. Pero ustedes se preguntarán qué sentido tiene enumerar mi atuendo de aquel día. No es vano. En un momento del intervalo de aquel concierto intenté buscar mi pañuelo, y al hacerlo cayó, sorpresivamente para mí, un pequeño jabón guardado en el bolsillo superior del saco; un pequeño jabón que alguna vez un amigo entrañable, un amigo entrañable mío

y de don Antonio, Héctor Yánover, me había regalado como singular recuerdo de su periplo por España: el jabón tenía inscripto (¿hay otra manera de decirlo?) esta leyenda que les transcribo: H. M. Leonor, Paseo de Mirón, s/n., Soria, y, de otro lado, Heno de Pravia. En un momento tan particular de la vida en mi país, donde las situaciones mágicas tienen singular relieve —a veces la magia es directamente proporcional a la incertidumbre—, yo, psicoanalista entre otras cosas, intérprete escrupuloso de la inutilidad de la mística y de lo perverso del ocultismo, esotérico a fuerza de no querer serlo, no pude dejar de sentirme llamado por fuerzas irracionales que reclamaban algo que, como lo quería Rilke, permitiera vislumbrar insospechadas puertas en el muro. ¿Qué hace, entonces, un presunto representante de la ciencia frente a este hecho sin aparente causalidad? Lo que debe, si también tiene veleidades de poeta: interpretar con las maneras de la sangre, asentar la presencia de una circunstancia inexplicable, pero definitiva, merodear entre los bastidores freudianos con la fantasía de encontrar al protagonista de esa ruptura de ritmo lógico, desatar fuerzas encontradas que transitan desde la negación y desde la perplejidad, desde la pueril y omnipotente intención de hablar de don Antonio a los españoles hasta el modesto estremecimiento de tomar conciencia que en realidad quería hablar de don Antonio, es decir, de mí, a don Antonio, es decir, conmigo, reparando, quizá, la permanente e inagotable generosidad con la que él me ha hablado a lo largo de mis años.

En mi habitación, junto a un dibujo del desasosegado y entrañable rostro de Beethoven, tengo un afiche que mi hermano español Félix Grande, y digo hermano porque no entiendo otra lógica ni otra filiación para nuestra amistad, me regaló allá en Madrid y que, naturalmente, pertenece al rostro querido de don Antonio. Esto, claro, antes de Maravall y su carta. Antes de Menuhim, claro. En algún lugar de mis papeles un soneto dedicado a Joan Manuel Serrat festeja que gracias a sus canciones don Antonio es cantado en Buenos Aires por el recolector de residuos, el taxista nocturno o el obrero metalúrgico. En una tapa de un libro que acabo de recibir, donde la música es para esa gente, está el retrato doloroso de don Antonio poco antes de su muerte. Y a veces, cuando tengo miedo a mi propia muerte y al paso hosco del tiempo y a la soledad y a esa loca regalía que Dios nos endosó y que a falta de otra onomatopeya llamamos libertad, esas veces, digo, está el pensamiento de don Antonio acompañándome, retornándome a la inteligencia, augurándome el reencuentro, propiciándome el derecho de vivir y ser lúcido y, retórico impenitente —como algún alumno de Mairena—,

morir cierta vez gritando contra el muro. Porque a eso estaba tratando de referirme, a la inocencia. A esa inocencia que se viste de miedo y a veces de soledad, y que, como lo aprendí de don Antonio, sólo se viste para poder guardarse mejor, para poder desnudarse, para asegurarnos de nuestro derecho al desnudo, para transformar un saco de cuero obligado en una manera de la libertad, de la libertad bien entendida. Y el póster de un hermano en un llamado. Y un jabón en una incitación fantasmal. Y un soneto en un homenaje. Y un miedo en una compañía eterna donde la misma letra inicial señala que muerte, miedo y Machado se solazan, se agreden, se complementan, se justifican, se aniquilan, como siempre que nos vemos es cita para mañana: nunca nos encontraremos. Nunca nos encontraremos, don Antonio, por esa especie de fantasmal abuso que llamamos muerte a falta de otra cosa, por esa especie de cita para mañana, 23 de febrero de 1939, que se anida despiadadamente en nuestro mismo desvelo. Pero siempre nos vemos, don Antonio, y a esa amistad quiero agradecer, porque ya lo sabemos, la amistad es más una virtud prospectiva que retrospectiva. Porque es allí, en ese futuro que nace mañana, en ese futuro que comienzo a avizorar desde mis seis recién cumplidos años, es allí, digo, donde nuestra amistad crece en medio de un endecasílabo, entre los violines del otoño de Verlaine, en lo elemental humano, en los campos de Castilla, en los enigmas del mundo y del hombre donde usted, viejo querido, gastó (o perdió: usted lo dijo) muchas horas de su vida. En esas horas en las que usted pensó su propia vida y su propio tiempo, porque fuera de uno la otra no es absolutamente nada, ¿verdad? Cómo el amor. Cómo pasear y leer sus aficiones, donde el otro lo acompaña siempre. Mañana, en realidad, me voy a enterar que hoy se ha muerto, don Antonio, en medio de un aire fuerte y seco. Mañana hablaré en su entierro. Un golpe de ataúd en tierra es algo perfectamente serio. Viejo querido, mañana es nuestra cita, mil veces ciento, cien mil, mil veces mil, un millón. Viejo don Antonio.

DUELO EN SOL SOSTENIDO Y MAYOR

23 de febrero de 1939

Un viejo caminante de las perplejidades a que nos somete la vida decía algo así: la muerte de un técnico retrasa el desarrollo de la humanidad, la de un artista lo frustra. Esta vez venimos a hablar

de una frustración. Una de esas frustraciones que por lo irracionales, estúpidas, tercas, inútiles, nos llenan de ansiedad rabiosa, de malentendidos íntimos, de dolor de la carne: la muerte de Antonio Machado. La idiota muerte de Antonio Machado. Cuando me llamaron para comunicármela, la muerte no me era totalmente ajena: mi padre, su propia muerte, estaba siendo ásperamente elaborada. Don Antonio, una especie de padre cómplice como los que uno se inventa para salirle a las ausencias y los silencios, se agregaba a esa realidad que muchas veces, por frágil, por pueril, por arbitraria, es realmente inelaborable. Difícil de tragar, como lo diría el mismo don Antonio. Y este mal trago es a la vez una especie de cruel paradoja: Machado muerto en Collioure y a la vez demasiado vivo como para acercarnos mejor en este día a él, para habitarlo en su inmortalidad tan nuestra, para decir no a su muerte violenta —¿qué muerte de un hombre como él no lo es?—, a ese golpe que de pronto nos golpea en el cuerpo y nos restituye a esa razonable y loca contingencia que nos habita a todos. Desde ayer don Antonio nos escamotea su presencia y ante ella no es fácil restituir hoy a las palabras su sentido verdadero, transparente, necesario. Don Antonio, que seguramente no deseaba la muerte porque su vida estaba viva y fecundada, se opaca de pronto, culmina su arduo camino, su áspero peregrinaje, y nosotros quedamos solos de él, pero con él, sin atinar a nada, gratuitamente vivos, desalentados, estériles, grávidos, tristes. Yo hablo hoy en nombre de un grupo humano, que es una de las maneras de la identidad de don Antonio, los poetas, una de las maneras de su pertenencia. Y cuando alguien como él muere, es bueno hacer el inventario de esas pertenencias. Ellas lo califican, lo determinan y a la vez son expresión y exaltación de su libertad. Quizá no importe mucho cuándo conocí a Antonio Machado. Cada uno tiene hoy su propio don Antonio, que se nos ha muerto adentro. No obstante, necesito hablar del mío, de ese vínculo que nació en algún momento de su obra estremecida y maestra, detrás de alguna de sus soledades (quizá en la calle en sombra) o al costado de alguna de sus canciones mientras me decía una tarde, o quizá mientras me hacía complementario decidido de los campos de Soria, fraternal insomne de Juan de Mairena, profesor de melancolía dando vueltas al atajo y a don Miguel de Unamuno, callada voz de violín de Azorín, Guiomar te amo, lo que importa es caminar, al mundo te guarde Dios, ingrávidos y gentiles como pompas de jabón, y asentóla, y asentóla, y asentóme definitivamente en él, allí, junto al olmo seco. Junto a su olmo seco. Y allí, exactamente junto a su olmo seco, aprendí para siempre que

la vida no es obediencia a modelos constituidos, que la vida no es crear de una vez y para siempre un sentido de la vida, sino que cada instante renueva y cuestiona un sentido siempre transitorio. Y siempre fugaz. De espaldas a los valores indiscutibles, a las existencias aseguradas o a todo otro tipo de congelamiento que va desde las indignaciones virtuosas a la moral de la eficacia. Y ese sentido transitorio, ese cartel en construcción —como decía un viejo amigo— es más fiel a nuestras agitaciones que a verdades inmutables. Porque los valores que aprendí junto a don Antonio, los valores que me brotó en Rocafort, en Cerbere, en Collioure, en su última hesitación del hotel Bougnol-Quintana, no son estados del alma. Son estados de conciencia. Y la adquisición de esa conciencia es hija del esfuerzo cotidiano, insatisfecho y terco que un hombre realiza en el mar de la historia. Frente a aquellos que, lúcidos para denunciar la trampa, no saben más que responder a ella con otra trampa de signo opuesto, frente a ellos, digo, hombres como Antonio Machado, como don Antonio, decidieron no morir de bronca sofocada, sino en la visceral y huidiza realidad de lo vivo, asumiendo con todo y contra todo esa última e intransferible validez del hombre, que es haber nacido para ser libre, es decir, para pensar, es decir, para ser poeta. Para ser libre, para pensar, para crear, rigurosamente. Y no distante ese rigor, esa disciplina, de un cálido y potente humanismo, ese humanismo que otra querida sombra nuestra, Thomas Mann, definió como lo contrario del fanatismo. Don Antonio tuvo claro todo esto: que el verso debe ser más joven cada día, que un hijo masacrado es un herido de guerra y que la guerra es una canción amarga del temblor en la piedra, que cambiar el mundo no es lo mismo que hacerlo saltar, que buena son el agua y la sed, que la pureza —aun la pureza del faquir— es una cosa clara que no es verdad. Y también que es necesario recordar las palabras viejas que han de volver a sonar. Y un corazón solitario no es un corazón. Y que yo debía en el día de su muerte decir las palabras justas y viejas que van al corazón. Y que yo no aprendí, porque siempre me sobran o me faltan, que es lo mismo. Y que en realidad no quiero ser solemne, sino travieso. Y que esto tampoco lo aprendí, pese a su esfuerzo por enseñármelo. Y que hoy sólo puedo intentar ser un dolido interrogante frente a algo que se ha cerrado definitivamente y abierto definitivamente. Frente a ese mutismo transformado en nada y eternidad. Don Antonio se ha despojado de los trucos escénicos y bruscamente, en un escenario desnudo, casi lúgubre, se ha transformado en un aguijón eternamente irritado, fiel a la historia y a la verdad —esa casi impo-

sible fidelidad—, proclamando mi Machado, mi don Antonio, que las estrategias de la historia y las éticas mentirosas, las revoluciones traicionadas y las ideologías agotadas, los dioses mudos y las técnicas irracionales, no son suficientes para impedir esa fidelidad a la que habrá que permanecer fiel para rehacer la vida, transformar el mundo y alojar allí, en algún recodo de la sangre, esa esperanza insistente, que es necesario pronunciar. Don Antonio, hoy, 23 de febrero de 1939, tan ajeno y cercano de aquel 26 de julio de 1875 en Sevilla, le dejo estas líneas —yo tengo seis años— para guardarlas junto a usted, aquí, en Collioure.

IRREVERENCIA EN SI Y NO MENORES

28 de marzo de 1942

Yo soy poeta, don Antonio. Claro, no un gran poeta. Apenas un tenaz diagramador de endecasílabos más o menos potables. Pero me siento su hermano, su prójimo más cercano, el amigo que lo espera siempre a la vuelta de cualquier esquina. Y lo espero porque sé que usted también me espera. Que usted es de los amigos que nos esperan para seguir dándonos, como son los amigos. Para exigirnos al límite de nuestros propios límites, para vincularnos con la coherencia y los colores de la tierra y con las corcheas que ya le mencioné antes y con la incertidumbre de esos versos necesarios y terribles que dan testimonio, denso y óseo testimonio, de nuestra residencia en la vida. Por eso usted es mi hermano, como Pablo, como Federico, como César, como León, como Vicente, como el hermano más hermano que una entraña pueda brotar: como Miguel, claro. Por eso también voy a ser irreverente, pueril y magníficamente irreverente. Quiero, don Antonio, que usted me sirva de cómplice: ¿no es acaso nuestra amistad una manera más del guiño y de la confesión? Hace mucho tiempo que quiero rendir mi homenaje a Miguel, allá, en su España. Un homenaje que sea, si es que hay que darle un nombre, mucho más que un homenaje, es decir, un recibimiento, como cada vez que nos encontramos usted y yo, como cada vez que nos encontramos con nuestros restantes hermanos, como cada vez que nos encontramos con la calidez insolente y afilada de su vasto amor. Una vez escribí dos sonetos a Miguel, con palabras que se transformaban en criaturas seráficas, omnipotentes, inalcanzables, y a la vez en poca cosa, perplejas y frágiles simbologías, anémicas para darle sentido a la emoción que

me habitaba. Pero lo hice, con esa especie de ambición de retratar en un trocito de espejo roto el sentido de la fractura y el caos que Miguel denunció como un escándalo de la entraña. Ese caos que usted, don Antonio, transitó con el corazón de la inteligencia y Miguel con la inteligencia del corazón. O al revés, claro. ¿No es, acaso, un legítimo derecho instrumentar ese caos para volcar en esta página esos sonetos? Usted sabe que los homenajes verdaderos tienen estas irreverencias. Usted, que nunca gustó de los homenajes, sonreirá frente a éste, porque su sapientosa sonrisa de maestro del vivir entenderá que yo no tenía otra alternativa. Aquí van, don Antonio. Y gracias.

SONETO I A MIGUEL HERNANDEZ

*Tan hijo de la luz y de las sombras
te vestían los ritos de tu duende
y te ibas, señal, por esa senda
de Orihuela, con puño efervescente.*

*Eras sólo un Miguel, un tal Hernández,
un pájaro marcándote las sienes,
un fervor del rocío, un hombre bueno,
un trueno en la trinchera, tercamente.*

*La piel se te cubría de morena
de andar tanto la tierra y tan alegre,
la intención se te hacía primavera,*

*un surco tremebundo y transparente.
Miguel, Miguel Hernández, fue tu escuela
matar, así nomás, matar la muerte.*

SONETO II A MIGUEL HERNANDEZ

*Intentando de niño un garabato
Incendió su impaciencia y a su lado
nos fue España en su grito y alegato,
el polvo de su juego y sus soldados.*

*Y en esto iba su sangre, su no mato,
torbellino de versos al costado.*

*gendarme del amor, metal, relato
del rocío y tan silbo vulnerado.*

*En medio de los hombres va su ruego
dejando su clamor, su beso al viento,
su tiempo de cantar, su risa juego,*

*su ancha voz desertando al desaliento.
Semibíblico páramo de fuego
tan Miguel tu infinito mar sediento.*

¿Y, don Antonio? Yo sé que usted no es celoso. Lo sé por su permanente generosidad para con los muchachos de la generación del 27, con los de antes y después del 27. Lo sé por su incanjeable amor por Manuel, su hermano, por Joaquín y José, sus hermanos. Quizá, en última instancia, porque en su tumba nunca falta una flor anónima, y qué es ese anonimato sino la expresión de ser hermano de sus hermanos. Los hermanos de su sangre, sus discípulos en la pena, sus amigos óseos y soñadores. Y no sólo Manuel o Federico o César, sino aquellos otros que le marcaron parte del camino y que a la vez le ayudaron a discriminarse de ellos: Nietzsche, Bergson, Unamuno, el viejo y querido Unamuno, el mismo Heidegger. Filósofo a puro esternón, metafísico del cantar, dramático caminante del tiempo, usted, don Antonio, con un ojo se reía de los embelecados franceses, pero con el otro los analizaba profundamente. Eso que alguna vez usted llamó sobriedad. No es el yo fundamental eso que busca el poeta, sino el tú esencial. El hermano que ves no es hermano porque tú lo veas, sino hermano porque te ve. Perdón, don Antonio. Sigo siendo irreverente. Por eso Miguel. Por eso.

AGRADECIMIENTO A CAPELLA

De febrero 1939 a mayo 1975

Hay distintas maneras del agradecimiento y múltiples destinos para la identificación, quizá la manera más profunda del agradecimiento. Una de ellas es el silencio. Mi vínculo con Machado me impide asumirlo, aunque después de leerme ustedes decidan qué mejor hubiera sido. Otro es intentar decir —en versos, como él, pero sin él y lejos de él— lo que significó allí, donde se da la más rigurosa de las certidumbres, la de su desnuda tierra donde un día yo

me eché a caminar. Y, esencialmente, por caminar esa tierra ardua donde hasta gritar era difícil porque cerca estaban los centinelas, supe muchas veces que allí se muere, simplemente. Allí también supe que volar es fácil y a la vez una valiente hazaña. Supe, por último, que el acto de crear consiste, finalmente, en rehacer un universo en el que la criatura humana tenga infinitas relaciones y secretas e inagotables posibilidades; en que todas las grandes y pequeñas pasiones del hombre, sus oscuros anhelos, sus torpes y hermosas esperanzas, sus sueños, su instinto y su inteligencia, revelen el sentido siempre fecundo del cambio y la transfiguración, como la propia vida. Todo ello sólo es posible a través del único peregrinaje hondo: el de la libertad. Esa manoseada y última instancia de la justificación de estar en la tierra. Y en todas partes te encuentro sólo por irte a buscar. Viejo don Antonio.

BUENOS AIRES 1975 / COLLIOURE 1939

*Hace cuatro días que hay huelga de empleados municipales.
Hace cuatro días que los vivos no entierran a sus muertos.
Hace cuatro días que la muerte
y la vida
no tienen claramente discriminadas sus habitaciones.
Hace cuatro días que no sabemos
—que no sabemos—
a quiénes debemos enterrar
y a quiénes no.
Hace cuatro días que bebo un vino agrio que anda por la tierra
y el viento,
atrapado en su colmena secreta,
alza mi vida de un amanecer con muerte.
Hace cuatro días que sé bien
que ser vulgar y cuidadoso me identifica
y sé bien
que vida limitada y pueril me señala
y sé bien
por qué tengo sed de cualquier agua
y calles de cualquier ciudad
y fracasos de cualquier verso.
Y sé —lo sé bien—*

*que me han dado un juicio
para que lo lave todas las mañanas
minuciosamente.
Don Antonio, soldado Don Antonio!
qué arca me han destinado,
qué ejército debo seguir a través de los mapas,
qué luz, qué temblor,
qué bando, si hay dos bandos y sólo nos arrebató el polvo.
Por qué, Don Antonio,
este refinado y cultísimo rencor.
Porque uno ríe entre la jauría
y llora en los cinematógrafos
y canta en medio de los escombros
y ama con una boca quemada por la arcilla.
Hace cuatro días que la huelga es un largo cuchillo,
que el arado no responde,
que la hembra calla,
que las plegarias son labios prescindibles.
Hace cuatro días que los vivos no entierran a sus muertos.
Hace cuatro días, Don Antonio.*

FINAL PARA MUDOS EN ESPAÑA BEMOL

Siempre.

Esta vieja angustia que habita mi usual hipocondría. Palabras de todos mis días, don Antonio. Así voy yo, borracho melancólico. Palabras de todos mis días, don Antonio. Hace muchos años que vivo entre ellas. Hipocondría, angustia, melancolía. Unos hablarán de Machado filósofo y hombre. Otros del ser y la poesía de Machado, o de su estética, o del diálogo de un hombre con su tiempo, o del diálogo de un hombre con el tiempo, o de su humanismo militante, o de lo que en un momento alberga el alma de un hombre que busca a Dios entre la niebla. Yo quiero mencionar, brevemente, lo mío: su angustia, su ocaso diario, su guitarra del mesón (que no fue ni será nunca poeta), o esos dolores que ayer hicieron de mi corazón colmena o de su lectura, la mía, donde detrás de un rasgo hipocondríaco recibí el capullo de un gusano de seda, o detrás de un núcleo melancólico el agua de la fuente, o detrás de una tenaza de ansiedad un corazón sonoro. Así me mojé en el Duero, anduve la

tierra de Alvargonzález, tierra pobre, tierra triste, tierra del alma, sentí cómo el amor puede transformarse en teología, aprendí que puedo asociar a Joseph K. con Carlitos Chaplín sin contradecirme; que puedo ser inteligente y, a la vez útil, que no soy un ajusticiado, sino un hombre bueno; que puedo andar el desapego, pero no el desamparo, porque el mundo está poblado de hermanos; que la razón está pegada al cuerpo como la sangre; que Dios suele estar distraído, pero buscarlo es oficio de poeta; que alguna vez quedarse en Collioure no fue decir basta, sino, más simplemente, ahora el turno es de ustedes. De ustedes, españoles de hoy. De ustedes, hermanos de siempre. De ustedes, invisibles hiladores de los sueños del mañana. Porque mañana hablarán los mudos. Viejo don Antonio.

ARNOLDO LIBERMAN

Aguirre, 295, 1.º A
BUENOS AIRES (Argentina)